

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

NÚM. 171

Sevilla—Jueves 30 de Julio de 1903

AÑO XXVII

La carta de Costa

Porque tiene una importancia decisiva la ha comentado la prensa de mil modos diferentes, y los periódicos monárquicos y los hombres del régimen la han calificado duramente, queriendo presentarnos al insigne autor de ella con toda clase de elogios a su cultura, a su vastísima instrucción, a su erudición no comparable con ninguna otra, pero tocado de jacobina demencia por su invocación a la trágica escena del *konak* servio, de la Bastilla francesa ó del White-Hall londinense.

Porque tiene una trascendencia extraordinaria que ha de producir profunda, honda sensación en el país é influir poderosamente en el ánimo de todos los que no nos prestamos al papel de eunucos, ni siquiera al de mansos corderos á la voracidad de las hienas feroces que devastan el rebaño español, nos ocupamos de esa carta famosa, verbo de la aspiración redentora del alma española, en que ha cristalizado el propósito de sacudir los yugos que nos aprisionan atados á ese carro africano de todos los retrocesos y de todas las ignominias.

Es la carta todo el pensamiento, todo el anhelo, todo el corazón de un revolucionario convencido, no de pecaminosas exageraciones jacobinas—aunque por muchas que fueran no dejarían de estar justificadas—sino de altruistas, redentores impulsos para que la explosión de rebeldía se verifique, porque Costa tiene el convencimiento del sabio, del pensador y del estadista, y el fuego, la pasión, los entusiasmos del revolucionario de verdad, del hombre esforzado que se ofrece en holocausto redentor, por lo mismo que se consagra por entero á la libertad y emancipación de la patria.

No es el Marat legendario, es más bien el pensamiento dantoniano que lo pone todo, todo: alma, vida y sentimiento, á la causa de la revolución, por eso los que le atribuyen un copista de los terroristas inconscientes del *konak* servio, no le conocen, ó le calumnian conscientemente. Lo que tiene de horrible, de sectario, y tal vez de vengativo aquella hazaña sangrienta, lo condena Costa.

Costa quiere una Bastilla redentora, altruista, que purifique, que sanee, que oree todas las infecciones, no una Bastilla sangrienta, horrible, que mutile y mate; prefiere una grande, una extraordinaria anegación que, con la fuerza misma de su impetuosa corriente, anegue, ahogando para siempre todo un pasado de horrores, de envilecimiento, de cobardías y de rebajamiento moral, empujando á los causantes á los abismos de lo ignorado, á lejanías que borren su recuerdo de nuestra memoria.

Apremia, requiere, impulsa, con todas las vehemencias de un alma templada y con todos los conjuros de una inteligencia perspicaz y vigorosa que conoce la suprema gravedad de los momentos y que ve la muerte á la puerta si no se ataja con vigor extraordinario la dolencia que amenaza acabar con el organismo nacional.

Por eso concluye en su famosa réplica con estas palabras, que parecen apocalípticas y que representan todo un pensamiento:

“HASTA CUÁNDO, REPUBLICANOS! HASTA CUÁNDO, NEUTROS!

A. A.

Murmuraciones

El día de ayer estuvo dedicado en toda España á poner como un trapo á los frailes.

En Madrid, en Barcelona, en Valencia, en Sevilla y en cuantas ciudades y aldeas españolas hay gente que sepa deletrear, se celebraron mítins y reuniones de protesta, conmemorando el aniversario de la expulsión de las órdenes monásticas.

Esto va bien si, como presumimos, á los preludios siguen los actos de energía.

D. Joaquín Costa, quien siempre ha estado callado en punto á todo lo que se roza con las creencias religiosas, ha escrito otra carta, que se ha leído en el mítin celebrado en Madrid.

En dicha carta dice una gran verdad, porque hace la siguiente aseveración:

—Antes de echar á los frailes de España es necesario que los españoles se los echen fuera del cuerpo.

Eso y decirle á los españoles que son hijos de frailes, todo es lo mismo.

Desgraciadamente, lo que el Sr. Costa asegura es una verdad.

No hace muchos días el que esto escribe visitó el vecino pueblo de Umbrete con ocasión de una jira de amigos, y en las diferentes conversaciones que entabláramos con algunos vecinos del pueblo, éstos, ingenua y bromosamente, decían con la mayor sinceridad:

—¡Qué quiere usted! Por aquí, como somos casi todos hijos de fraile, padecemos sus mismos vicios y hasta su misma indolencia...

Para ir á Umbrete se pasa por enfrente de un convento llamado del Loreto, cuyos frailes se dicen mendicantes... y habitan un hermoso palacio, á medio tiro de fusil de la carretera que está entre Espartina y Umbrete, dos pueblos pequeños, pero relativamente desahogados como son casi todos los pueblecillos del Aljarafe.

Los pobrecitos frailes mendicantes ya han sabido dónde colocarse.

Visto el convento de los pobrecitos siervos del Señor desde la carretera, se pregunta uno:

—¿A quién pertenece ese palacio?

—A los pobrecitos frailes que viven de limosna—le contestan.

Entre los dos pueblos, Espartina y Umbrete, no se puede formar, utilizando todos los materiales, una casa igual á la que habitan los frailes del Loreto.

Y, sin embargo, cuando éstos se presentan en los pueblos susodichos es para pedir.

Y lo más bochornoso del caso es que siempre logran sacar algo.

Tiene razón Costa.

Hay necesidad de que los españoles arrojen los frailes de su casa antes de arrojarlos del convento.

Aunque yo creo—con permiso del señor Costa—que arrojándolos del convento fuera de España, se arrojan de una vez de una y otra parte.

Hay que europeizarlos con el cauterio, ó sea con medidas radicales.

Y ya que hemos hablado de D. Joaquín Costa, y viéndonos precisados á no poder insertar sus hermosas cartas, ya porque éstas ven la luz pública en los periódicos de mayor circulación, ya porque la extensión de ellas nos lo impide, insertaremos algo que, á nuestro entender, es la savia de sus escritos hermosos.

En su segunda carta, publicada en *El Liberal*, ratificándose en sus primeras declaraciones, escribe el Sr. Costa:

“Tales son las dos cosas que razonablemente podría haber hecho la España antecesora de la actual, y con las cuales la patria de los españoles se habría repuesto á tiempo de su quiebra. Lo que legítimamente no pudo hacer es lo que hizo: tomar lo malo de las dos soluciones sin lo bueno de ninguna; gritar primero ¡muera Bonaparte!, para gritar después ¡viva Fernando!, ser valientes contra el primero para ser cobardes ante el segundo; privarnos de un verdadero hombre de Estado, persona decente y europea, para entregarnos á un facineroso como no se habría encontrado igual echando los presidios de África. Fué para ellos un suicidio, para nosotros un asesinato. Pocos venerarán como yo á aquella noble generación de mártires, progenitores nuestros; pocos se prosternarán con tanto fervor ante sus tumbas y llorarán sobre aquella espantosa catástrofe que los sobrecogió impensadamente, sin ninguna culpa de su parte; pero aquí hablo como político, hablo como crítico de historia; con la misma severidad con que juzgo á los españoles de hoy, llámense neutros, llámense monárquicos ó republicanos, tengo derecho á juzgar á los españoles de hace 95 años, y en tal concepto he de decir que

no puedo absolverlos; que, ó sobró su heroísmo de 1808 á 1814, ó sobró su mandamiento de 1814 á 1820. Con el concurso de ambas contrarias conductas torcieron los destinos de la nación y nos han perdido y nos han cubierto de oprobios en una macabra sucesión de guerras civiles y de reacciones más que africanas, que nos afrentarán eternamente ante la historia.”

Verdades como éstas son las que hoy están sobre el tapete. Verdades históricas que están empeñados nuestros gobernantes en rectificar, no desde el Gobierno, que es en donde deben rectificarse, sino con la condenación de los señores jueces, quienes, en punto á procesos históricos, nada tienen que hacer.

El vicario de Zaraus dice que habrá tempestad grande en el Otoño próximo...

Yo creo que acertará! Los calores que se sienten de un modo fenomenal; el coraje, el ardimiento, que se dejan retratar en los semblantes de todos, aseguran que es verdad. La tempestad se acerca y trastornos causará.

El Diario Universal es un periódico monárquico que escribe muchas veces en republicano, cuando sus redactores se olvidan de que dependen del Sr. Conde de Romanones.

Ayer publicó un hermoso artículo, en el que hacía comparaciones entre los reyes españoles que gobernaron vaticánicamente y los que no hicieron caso alguno del Vaticano.

Y decía: “Gobernaron de aquella suerte Carlos I y Felipe II, y á pesar de su genio, prepararon y decidieron nuestra ruina.

Gobernaron de esta otra manera Fernando VI y Carlos III, y restauraron transitoriamente nuestra prosperidad. Pusimos nuestras Colonias del Nuevo Mundo y nuestras posesiones de Oriente en poder de soldados y religiosos, y fueron miserias, rebeldes, y se perdieron. Bajo Felipe II, con los galeones de América, el pueblo moría de hambre. Bajo Carlos III, apenas sin rentas de la conquista, los campesinos volvieron á comer pan blanco. Los sucesores interrumpieron la obra, y se precipitó en la ruina el país, como hogar en que los hijos huelgan; labrando Carlos IV y Fernando VII su propia perdición, porque “los reyes—escribe Saavedra Fajardo—suelen, desvanecidos del orgullo, olvidar la lección que los adversos sucesos enseñaron en el tiempo de sus antecesores”.

Y véase por dónde, históricamente también, un periódico monárquico es más radical todavía que el Sr. Costa.

Este desea no romper abiertamente con el Vaticano—en lo que da muestra de su gubernamentalismo racional, amoldándose al proceso de los tiempos y el escritor monárquico de quien hablo no se para en barras, sino que expone los hechos claramente á la consideración pública.

Y como de ellos resulta que, sin contar con el Vaticano, hasta cierto punto, se gobierna bien, caemos en la cuenta que lo único que hace falta es buena intención.

Lo demás, ya vendrá por su propio peso.

La matadora de novillos Lolita Pretel va á contraer matrimonio con el *Gordito*, su peón de brega.

Tanto ha dado el muchacho arreglándole los novillos para que se tire á matar, que ha concluido por ponerla á ella en la suerte.

Si esta muchacha, como es desu poner, persiste en su manía de seguir matando novillos, habrá que poner, dentro de poco tiempo, una nota en los carteles.

Por ejemplo: “Se ruega al público tenga benevolencia con la matadora porque se halla en estado interesante.”

Cuando se murió Pio noveno, estando de cuerpo presente, le robaron una de las sandalias que tenía puestas.

El hecho lo cuenta un curioso que se encontraba entonces en Roma, y que observó el gran revuelo que se armó en la Basílica al ver á Pio noveno á medio calzar.

Dice: “Era que un individuo había logrado

quitar al cadáver una de las sandalias, desapareciendo con ella en medio de la más espantosa confusión. Inmediatamente dióse orden de desalojar la Basílica y desde aquel momento se prohibió al público la entrada durante el tiempo que el cadáver de Pio IX permaneció insepulto.

Dijose, aunque no se supo con certeza, que la sandalia había sido sustraída por un fanático inglés que desde un buen rato espía, sin duda, el momento favorable para realizar su plan.”

Los fanatismos se han europeizado también.

Antes robaban la sandalia como reliquia.

Hoy... roban el sello pontifical como gonzúa que puede dar gran provecho.

En esto no se africanizan los italianos.

Leemos en un telegrama remitido desde la Corte:

“El Sr. García Alix confirma que los monárquicos acudirán con mayor entusiasmo y tesón á las urnas que los republicanos.”

Palabra de honor, Sr. García Alix? Pero antes será necesario que nos explique usted qué es lo que entiende por tesón.

Que no vaya á ser aquello de: —Aquí no vota nadie más que yo, que soy el presidente.

Porque entonces... va á haber disgustos.

Según dicen por ahí los republicanos. CARRASQUILLA.

El talento y el genio

¿A qué hablar de talento y de genio? Esta superioridad, reclamada con tan ridícula insistencia por vuestras sedicentes capacidades, es una rapiña ejercida sobre el producto del trabajador, que, bajo el pretexto de inferioridad funcional, mantenéis en la sumisión. Desarrollad estas inteligencias, dad forma á estos órganos, emancipad estas almas, mortales agotados y secos por el egoísmo, y veremos á qué se reduce vuestra pretendida superioridad.

¡Talento y genio! Palabras sublimes con que la sociedad gusta recompensar, como á centinelas avanzados en su camino, á estos sus más precoces hijos; pero palabras funestas, que han producido más esclavos que el nombre de libertad ha hecho ciudadanos.

¡Talento y genio! A estos nombres mágicos, como á una invocación á la divinidad, el rebaño de los humanos se prosterna; la voluntad muere en las conciencias subyugadas; el espíritu se detiene encadenado por la fascinación del miedo. “Mi genio maravillado tiembla ante el tuyo”, decía Nerón hablando de Agrippino, y la historia nos enseña que el más cruel de los Césares fué tan sólo un niño pusilánime.

No dudemos ni un momento; todos estos viles cortesanos de una grandeza usurpada, todos estos pensadores sin energía, estos escritores sin carácter, estos imitadores serviles, son los hijos del miedo.

“Todos nacemos originales—dijo el poeta indomable de las Noches.—¿Cómo se comprende, pues, que muramos casi todos siendo simples copistas?”

Es que la aparición de una inteligencia nos quita el sentido y el valor. Es el miedo que vuelve estériles ciertas épocas, como ciertos estados tributarios; es el miedo de los siglos antiguos el que trae la era de las decadencias; y cuando los tiranos quieren subyugar á las naciones, les infiltran el miedo de la virtud, les dicen que no es tiempo ya, que han degenerado de sus padres.

Hé aquí por qué las sociedades han tenido, hasta el presente, períodos de sueño y de renacimiento; hé aquí por qué toda manifestación del espíritu, igual que de la libertad, ha principiado por la rebel-

día. El hombre, anulado al principio ante estos ídolos que en su imaginación cree terribles, recupera insensiblemente el perdido valor; con el tiempo y el hábito, su miedo y su respeto disminuyen; cansado de obedecer, levántase de improviso, y mucho tiempo antes que su razón, su corazón ha proclamado la igualdad.

Dejad, pues, crecer estas jóvenes inteligencias á las que asustan vuestras demostraciones de genio, y cesad de mendigar para el talento una indigna gabela, cuando tantas almas vense privadas del espiritual alimento. Quien no ha podido concurrir, no merece tampoco que se le hagan cargos por ello, y nadie tiene el derecho de llamar cobarde al que la servidumbre ha mutilado. ¡Ah! desatad esa mano que la miseria tiene atrofiada, dad impulso á ese pensamiento cautivo, colocad á ese hombre en las condiciones que natura quiere, y empujadle en su fuerza y en su juventud; después, si se sonroja ante sus iguales, si el aspecto de sus semejantes le humilla, si se aparta de la noble misión, herido: no es un ciudadano, es un esclavo.

P. J. PROUDHON.

Vicios añejos

Según refiere el Sr. Gilbert de Voul-tremont en sus curiosas crónicas, á mediados del reinado de Luis XI se dieron los señores taberneros de París tal afán por falsificar sus mercancías, que el preboste de policía creyó necesario añadir á las ordenanzas vigentes sobre tal materia un nuevo edicto, agravando las penas señaladas y disponiendo que todo tabernero convicto de haber sofisticado el vino que vendía á sus parroquianos, sería, la primera vez, castigado con multa, quince días de cárcel y 25 azotes. En caso de reincidir, las penas serían aplicadas en doble; y si por ello no escarmentaba el culpable y reincidía nueva vez, se le confiscarían todos sus bienes, y después de exponersele por el espacio de un día entero en la picota, en donde se le aplicarían 50 azotes, se le conduciría durante un año á una de las cárceles del Estado, para ser en ella mantenido á pan y agua.

Como el Preboste gastaba muy malas pulgas y era hombre incapaz de faltar á sus promesas, diéronse los taberneros por advertidos, y en el espacio de varias semanas no se produjo ninguna de las quejas que antes se daban á todo instante. Pero luego hubo ya expendedor que, fiado sea en su habilidad, sea en la creencia de que todo edicto concluye por quedar en letra muerta, se atrevió á bautizar, primero en pequeñas, luego en grandes proporciones, el líquido que vendía. De lo cual no tardó en arrepentirse: denunciado por uno de sus dependientes, que debíale tener querencia, fué sorprendido una noche por los esbirros del Prebostazgo, mientras en las interioridades de su laboratorio procedía á la delicada operación de matrimoniar el líquido procedente de los vidrios con el que se sacaba del vecino Sena.

Preso el incauto, y habiéndose probado, en el curso del proceso instruido, que además del agua empleaba el tabernero ciertos polvos colorantes, entendió el tribunal que no habría inconveniente, aun cuando se tratase sólo de un primer delito, en agravar la pena, imponiendo al culpable una doble ración de azotes. Con lo cual se libró el hombre de pasar en la cárcel los días que le tocaban, ya que fueron tan rigurosamente aplicados los cincuenta vergajazos prescritos por el juez, que á las veinticuatro horas estaba el dignísimo industrial de cuerpo presente.

Añade Gilbert de Voul-tremont á la relación del caso, que hizo aquel ejemplar escarmiento tan hondo y saludable efecto que nunca se había bebido, ni se siguió bebiendo, durante largo tiempo en París, tan excelente vino como el que por entonces se consumía. Y dice también que si muchos taberneros prefirieron cerrar sus establecimientos, por entender que no podían lucrar como antes, adquirieron gran crédito y ganaron mucho dinero otras tabernas y posadas, en donde sabíase de ciencia cierta que el vino estaba indemne de toda adulteración.

Claro está que en épocas como las actuales no cabe adoptar los mismos procedimientos que en las de Luis octavo, y que se hace totalmente imposible el venerando sistema consistente en aplicar, por varias veces consecutivas, un nervio de buey en los omoplatos y en los lomos de un industrial. Pero eso no quita que se pueda desplegar un higiénico rigor, en conformidad con el espíritu jurídico y social moderno, y así lo demuestra el criterio adoptado en un reciente fallo por los tribunales de París.

En dicha ciudad tronaron justamente, no hace mucho tiempo, algunos órganos importantes de la prensa, contra ciertos *marchands de vin*, por las escandalosas sofisticaciones que se permitían, y en especial uno llamado Duval. Esa campaña movió á la justicia á intervenir, y como liquidación de cuentas fué el tabernero condenado á una multa de 100 francos y á seis meses de cárcel. Como le hiciera poquísima gracia tal resultado, apeló el hombre de la sentencia, en lo que anduvo pésimamente inspirado, pues si duro parece lo de purgar con medio año de encierro el hecho de haberse dedicado á la hidroterapia-vinicola, con aditamentos químicos, más duro ha de parecer el ver elevada la pena al doble, ó sea á un año redondo y cabal de prisión, que es lo que ha tenido á bien imponer el Tribunal Superior al manipulador industrial, amén de la multa—ésta reducida á la mitad—de las costas y de la inserción de la sentencia en 25 periódicos, lo cual le representa al pobrecito Alfredo un desembolso de cinco ó seis mil francos más.

Y nada se ocurre objetar al rigor de ese fallo. Sólo desearía una cosa, y es que ese criterio y esas prácticas, estiladas en las orillas del Sena, encontrasen un eco y una aplicación iguales entre nosotros. Serían de grandísima utilidad.

LA CUESTION SOCIAL

Lo que es nuevo en la cuestión social

II

¡Que la cuestión es tan antigua como el mundo! ¡Ciertamente! Pero lo que no es tan antiguo como el mundo es el grado á que ha llegado el desarrollo del principio de la igualdad, que es el hecho más general, más constante, más rebelde á toda oposición humana que se conoce en la Historia. Lo que no es tan antiguo como el mundo es la conciencia adquirida de esa misma igualdad de naturaleza y la conquista consolidada de la igualdad civil y política, que hace sentir más que nunca las desigualdades económicas; es la cultura mayor, que hace precisamente más agudos en el ánimo de las muchedumbres los sufrimientos que causa el espectáculo de la inmensa disparidad de vida en las clases sociales; es la *miseria relativa* acrecentada desmesuradamente con la multiplicación de las riquezas y los refinamientos sensuales de la existencia en un pequeño número; es el decaimiento progresivo de aquel espíritu religioso de resignación que hacía soportar los males presentes con la esperanza de una recompensa futura; es, en fin, un clero de todas las iglesias, que, solicitando reformas sociales, ó sea reconociendo que hay remedio posible á los males de la tierra, hace comprender á los desgraciados, si no con las palabras con los hechos, que no se puede pretender de los infelices la antigua resignación.

Si, la cuestión social será tan antigua como el mundo; pero lo que es nuevo es el gigantesco poderío que ha acumulado el oro en manos de dichos particulares, que se levantan como soberanos en medio de pueblos libres, que poseen vastísimas propiedades, grandes porciones de la patria como Estados propios, que tienen en su bolsa la suerte de cientos de miles de hombres y que pueden turbar en provecho privado los intereses de una nación entera y corromper únicamente muchedumbres ó poderes públicos. Lo que es nuevo es que enfrente á estos monarcas de la riqueza y á sus omnipotentes federaciones, que ensanchan á su alrededor, como sin su banda, la servidumbre moral y el mercenarismo, hayan salido Sociedades de setecientos mil trabajadores, *Uniones de oficios*, numerosas como pueblos, organizadas como ejércitos, y que en todas las ciudades de los países civilizados, llamados á reunirse por la grande industria, se vayan aglomerando los proletarios en batallones y regimientos que se entienden, se disciplinan y fraternizan.

Lo que es nuevo también es que se reúnan

Congresos de obreros, en los cuales intervienen delegados de diez y nueve naciones que representan cinco millones de trabajadores; que haya países donde veinte ciudades se declaren en favor de la *socialización* de la tierra; que en el país más claro y más poderoso de Europa se manden al Parlamento treinta y cinco campeones de la nueva idea con mayor número de votos que los obtenidos por cualquiera de los otros partidos militantes de la nación; lo que es nuevo es un acuerdo internacional de agitadores que con una palabra de consigna lanzada desde París á Sidney y desde Berlín á Nueva York hace desertar en el mismo día del año de los talleres á nueve millones de operarios y dormir sobre las armas á diez ejércitos, como bajo la inminencia de una colisión de Estados.

Lo que es enteramente nuevo es que esparcen cada día por todas partes, hácia todos los sitios, por toda la haz de la tierra, millones de hojas que predicán una esperanza común y animan una sola pasión, acumulándose en las buhardillas y en los tugurios como provisiones de pólvora y de guerra.

Y hay otra cosa nueva: que millares de trabajadores pobres de distintos países, acabadas las diez horas de fatiga, extenuados, se someten á una nueva faena para instruirse en las primeras horas de la noche acerca de las cuestiones sociales; se quitan el pan de la boca para mantener el periódico que les protege y consagra los últimos restos de fuerza, de energía y de actividad, á la propaganda de sus ideas é intereses, á la organización de su partido, permaneciendo en esta obra con tanto afán y ahinco, que á algunos, consumidos por esta fiebre de entusiasmo sordo, cuesta la vida su propia causa y la propagación de sus principios.

Y no es ni menos nuevo ni menos grave que esta gran muchedumbre, inculta é hirviente, tenga y sepa mantener á su cabeza á un estado mayor intrépido de hombres de estudio y hombres de Estado, portaestandartes de todo arte y de toda ciencia, que defienden la causa de ellos en todas las regiones del pensamiento y en todas las pruebas de la vida.

Por fin, la cuestión social será antigua cuanto antiguo es el mundo; pero aquello que pertenece enteramente á nuestro tiempo creo yo que ni siquiera existió en los últimos años que precedieron á la Revolución Francesa, en los cuales las clases amenazadas iban contra el porvenir con una casi atrevida distracción; es esta turbación que todos sentimos, cualquiera que sea la condición de nuestra fortuna, cualesquiera que sean nuestras ideas sociológicas; ante el actual estado de cosas; es este descontento que sentimos en el corazón y en la inteligencia; es esta lucha sorda y continua entre nuestra conciencia de ciudadanos y nuestros intereses privados; es este sentimiento confuso de culpa; es este presentimiento vago de algo grande y fatal, que nos hace mirar alrededor con ojo inquieto, como viajeros sin guía que avanzan á la ventura por tierra inexplorada.

EDMUNDO AMICIS.

León XIII y el teatro

Dirán ustedes: Pero ¿qué demonios tiene que ver el Papa con el teatro? Y eso digo yo: ¿qué tiene que ver?... He pensado mucho sobre el particular, á ver si encontraba íntimas y secretas analogías entre una cosa y otra, como las que halló aquel peregrino ingenio entre la moral y los fósforos de Cascante, y, nada, ni á tiros he podido tropezar con el hilo conductor que me guiase en este intrincado laberinto.

Y analogía muy directa y estrecha debe existir entre las candelitas, los bastidores y el papado cuando, al desaparecer del mundo León XIII, nuestras celosas autoridades han ordenado la suspensión de todas las funciones de teatro, bailes, tangos y eclipse de todas las *bellas* que derrochan sandunga y salero por esos escenarios de Dios, digo del demonio.

Por eso, todo compungida, decía anoche la bella Loé, *alias* la reina de la pulga, la gentil exhibidora de morbideces póstumas:

—Pero, ¿qué tengo yo que ver con el Cónclave?...

Mucho, querida, mucho; reflexione usted sobre su *especialidad* y no olvide que los cardenales todo lo hacen á la italiana.

Yo sabía que el difunto León XIII en los jardines del Vaticano ordeñaba cabras, cultivaba una viña y cazaba pajarillos con liga; también echaba sus ratos á

epigramas y á odas que el *Osservatore Romano* afirmaba superaban á las de Víctor Hugo; lo que nunca supe es que el Papa escribiese ningún pasillo cómico, ni, entremés, ni siquiera una revista á lo Lj-mendoux. Por eso no veo la razón de que Talía lloré á moco y baba la pérdida de León XIII.

—Venga usted acá—dirá alguno.—Si el Papa es el jefe de toda la cristiandad y muere, nosotros, que somos la nación más católica del mundo, ¿no estamos en el deber de dar señales ostensibles de luto y duelo, empezando desde el regio alcázar y acabando por el último barracón de feria? Los impíos y liberalotes como usted no comprenden estas cosas; pero nosotros, los buenos, los escogidos, la parte sana de la sociedad, jamás tendremos lágrimas bastantes para llorar la pérdida de la "figura más grande del mundo", como ha confesado Canalejas en el *Heraldo*.

¡Ah! ¿De modo que la suspensión de los espectáculos públicos, impuesta desde Madrid á todos los gobernadores de provincia, era una señal de duelo? ¡Torpe de mí! ¡Agora lo comprendo todo! Sí, sí, han hecho muy bien las autoridades; ¿qué se hubiera dicho de nosotros si, mientras la Santa Sede se halla vacante, hubiésemos bailado y reído como si tal cosa? No y mil veces no; sálvese la Iglesia y perezca el mundo.

Que las empresas teatrales han perdido algunos miles de pesetas; que los cómicos no cobran sus sueldos; que los abonados echan pestes, nada de eso importa. La Mariani, la Guerrero, la Belen, la compañía Alegría, no valen todas juntas lo que una hilacha de la sandalia pontificia. ¡Oh, arte! ¡Oh, morrongo! Cerrad vuestras bocas, meted en la carbonera al inquieto y juguetón *minino*, que hoy la Iglesia está de luto y por todas partes se oyen aquellos lamentos bíblicos:

"Una voz se ha oído en Roma:

Llantos y gemidos;

Raquel, que llora, y sus hijos...."

Por más que si la cosa se juzga y examina con cierta detención, no han andado tan descaminadas las autoridades ordenando el cierre de teatros por la muerte de León XIII.

Porque, vamos á ver, ¿qué es la Iglesia? Pues un escenario inmenso, universal, donde hace veinte siglos se viene representando el sangriento drama del Calvario, alternando con ridículas comedias y chistosos sainetes de disputas religiosas.

¿Qué es el Papa? Pues el empresario de este teatro y el principal actor cómico, que se sabe á maravilla el papel, aunque alguna vez desentone.

¿Qué son los curas y obispos? Pues *las partes* de toda esta compañía eclesiástica, cómicos malos, pero muy bien pagados y que todo lo fian al apuntador, que es el Espíritu Santo.

¿Qué son los fieles cristianos? Pues los eternos abonados á esta farsa con ribetes de grotesca, que pagan siempre muy caro y no tienen opción á que se varíe el espectáculo.

¿Qué son los frailes y monjas? Los coristas, comparsas y figurantas, con abigarrada guardarropía, y que, como los de las óperas, hacen que se van y vuelven.

De modo que la relación entre el Papa y el teatro no es tan traída por los cabellos como se supone.

Y ahora en serio; la prohibición de los espectáculos públicos por la muerte del Papa ha sido una majadería insulsa, hipócrita y arbitraria. Las tristezas y el luto nadie tiene derecho á imponerlos, y menos han de salir en forma de oficio de los Gobiernos civiles. Se han perjudicado muchos intereses en tonto, y por cerrar los teatros no hemos demostrado ser más católicos que los demás, sino más bobos y ridículos.

Si esto se generaliza, no será extraño que un día aparezca en el Nuevo Retiro este aviso:

"Por indisposición de la señora abadesa de Santa Clara, la bella Chelito no se buscará esta noche la pulga."

Que, al paso que vamos, no será difícil que suceda.

¡Oh, qué patria esta!

¡Oh, qué gran nación!

FRAY GERUNDIO